

El príncipe se indignó al saber la «muy hábil indiscreción» de Mad. de Feucheres, y el palacio Borbon presenció una de aquellas tempestades en que la baronesa acababa siempre por ser la vencedora. Hé aquí la manera con que lo consignó, en este otro billete, por el cual Mad. de Feucheres anunció al príncipe la llegada del duque de Orleans:

«Me habeis reconvenido de una manera tan dura el paso que he dado cerca de monseñor el duque de Orleans, que he creído de mi deber anunciaros, que monseñor el duque de Orleans debe venir esta mañana á mi casa antes de su salida para Inglaterra. Os suplico no me refuseis acompañarme á almorzar como de costumbre: esta visita os será de este modo mucho menos embarazosa, y os evitará una respuesta por escrito, ó decir nada de *positivo* (palabra subrayada por Mad. de Feucheres en el original); y si no venis, bien conoceis que vuestra ausencia causaría muy mal efecto. Si preferis no esté yo á vuestro lado, monseñor el duque de Orleans iría á vuestro casa.»

Estos resentimientos, estos temores, estas precauciones dicen bastante, cuán molesta fue la impresión que el proyecto de Mad. de Feucheres había producido en el espíritu del príncipe.

Aquella, sin embargo, proseguía imperturbable su pensamiento egoísta, y no se ocupaba de los intereses ajenos, sino bajo el punto de vista de los suyos propios. Deseaba vivamente que el bosque de Montmorency quedase comprendido en su legado particular. El príncipe no veía la invitación de la baronesa sin estremada repugnancia, y sin embargo hubo de consentir y conceder á su amiga el goce anticipado de las rentas de aquel bosque; pero esta donación fue hecha verbalmente y el nombre de Mad. de Feucheres no aparece en las escrituras.

Uno de los temores mas graves del príncipe, una de las causas de su repugnancia á la combinación indicada, era el presentimiento que abrigaba, de que una vez hecho el testamento, sus días estaban amenazados. «Cuando lo haya donado todo, decía, no estaré ya seguro.» Pero instancias renovadas le asediaban sin cesar. Hé aquí como pintaba él mismo su situación moral:

«No puedo de noche cerrar mis ojos; tantos tormentos inflaman mi sangre de un modo espantoso.» «¿Hay nada mas horrible que verse acosado con violencia para realizar un acto que me es repugnante?» «No se me habla de otra cosa de continuo; la muerte es lo único que se me presenta por do quiera.»

Mad. de Feucheres había comprendido que el príncipe no tendría nunca energía para separarla de su lado, y que todo se reduciría á conquistarle con sacrificios, algún reposo para sus últimos días. Era necesario, pues, crear un *infierno* en su interior, mostrarle á qué precio podía comprar la paz, y hacerle entrever las consecuencias peligrosas de una repulsa.

En el mes de agosto, para coronar la obra, hizo abandonar al príncipe su querida residencia de Chantilly para venir á París. La partida fue precedida de horrorosas escenas que los testigos no han revelado, porque así lo habían prometido al príncipe.

Entonces fue cuando el duque de Borbon imaginó

en su angustia, implorar por sí mismo la generosidad del duque de Orleans y le escribió esta carta:

«El negocio, señor, que nos ocupa, empeñado sin mi noticia, y muy ligeramente por Mad. de Feucheres, y cuya terminación ella misma se ha encargado de apresurar cerca de mí, me es estremadamente penoso, como ya habrais podido conocer: además de los recuerdos tristísimos que la misma me señala, y á los cuales no puedo acostumbrar mis tristes ideas, otros motivos no me permiten ocuparme en este momento de tal asunto. Se me acusará tal vez de debilidad; pero cuento con vos para excusar y hacer sea excusada esta debilidad, bien perdonable en mi edad y en mi triste posición. Mi afecto hacia vos, señor, y hacia los vuestros, os es bastante conocido y debe garantizaros de mis intenciones, que os manifiesto aquí, al daros de él un testimonio público y notorio. Hoy apelo á vuestra generosidad, á vuestra amistad por mí y á la delicadeza de vuestros sentimientos, para no ser atormentado y hostigado, como lo soy desde hace algún tiempo, para terminar un negocio que no quiero concluir sino con toda la madurez y la reflexión de que es susceptible. Cuento, os lo repito, con la seguridad de vuestro cariño hacia mí, para obtener de Mad. de Feucheres que me deje tranquilo sobre este punto; de vos depende evitar entre ella y yo una contienda, ó al menos una indiferencia que haría la desgracia del resto de mis días.

»Dignaos recibir con vuestra acostumbrada amabilidad, la expresión de la constante y sincera amistad que os he jurado por toda la vida.»

Así Mad. de Feucheres fue quien dió principio á este asunto, sin noticia del príncipe, asunto infinitamente penoso para él, como el duque de Orleans pudo observar; y el testimonio público y positivo de afecto que prometía á este, bien claro estaba que no podía confundirse con la institución de heredero que quería conjurar.

¿El duque de Orleans lo comprendió así? Júzguese por su respuesta.

«Neully, 20 de agosto de 1829.

»Estoy desesperado, señor, por las intenciones llenas de amistad y bondad que habeis querido manifestarme en una conversación cuyo recuerdo me es muy grato, y que ha sido causa para vos de pesares y contrariedades. Estoy muy reconocido á lo que habeis querido repetirme en vuestra carta que acabo de recibir, y teneis mucha razón en contar conmigo para hacer en este asunto, como en todo, lo que deseais, y cuanto pueda probaros mejor la sinceridad de mi adhesión y afecto á vuestra persona. Sentiría infinito que vuestras buenas disposiciones en favor de mis hijos fueran de la menor molestia para vos de cualquier naturaleza que fuese, y deseo, sobre todo, evitar lo que pueda renovar vuestros muy justos dolores y herir vuestro corazón tan cruelmente desgarrado. Pasaré inmediatamente á casa de Mad. de Feucheres para cumplir vuestras intenciones respecto á ella, y podeis estar seguro que le manifestaré, como debo, lo sensibles que somos, tanto yo como los míos, á los esfuerzos que ha hecho cerca de vos para obtener este tes-